

del mundo físico ningún principio, ningún ser en el desierto desolado de sus creencias, sujetas solamente á lo experimental y á lo tangible, creyéndonos nacidos de los ayuntamientos de las bestias y destinados á la nada eterna, despues de fatal combate por una vida sin razon y sin objeto. Se necesitaria que los llamados á despertar la inteligencia al conocimiento de lo divino y el corazon á la esperanza de la inmortalidad, tuvieran otra doctrina más elevada, más idealista, más digna del hombre y más demostrativa de Dios, que esas apoteosis de las criaturas humanas, imitadas de los últimos tiempos del antiguo paganismo y de las últimas agonías del antiguo imperio. Un teólogo sapientísimo que en la misma Roma escuchaba estas lamentaciones mias, por la decadencia del sentido espiritualista hasta en el seno de la Iglesia, me contestó lo siguiente, que copio á la letra: «Váyase usted con esas á los escolásticos romanos, que, al tratarse de la autenticidad de los Evangelios, dicen que sólo hay cuatro auténticos y ortodoxos, porque son cuatro los vientos principales y cuatro las patas de los cuadrúpedos.»

CAPITULO XV.

UNA OJEADA POR EUROPA.

El antiguo regalismo se ha despertado de una manera bien viva y bien extraña en el seno de Alemania. Una escuela teológica lo anima y esta escuela teológica pretende que entre en el dogma, en sus sacros principios con aquel ardor con que antes entraba en la disciplina y en los cañones. Para combatir esta escuela y contrariar todas sus síntesis ha consumido Pio IX cuantos recursos le ha dado su altísima autoridad. Y por fin, de conquista en conquista, de invasion en invasion ha llegado á su propia infalibilidad. Mas en el momento de llegar á esta plenitud de su ambicion, el trono temporal se ha caido bajo sus piés, y gobiernos enemigos rodean su tantas veces llorado cautiverio. Italia, la Italia mal-

decida por sus encíclicas posee el Capitolio. El Imperio austriaco, el Imperio que ha roto el Concordato, desoye todas las maldiciones pontificias y persiste en sus reformas. Un Imperio protestante se halla á la cabeza de los pueblos germánicos, casi unificados. El César, que mantenía la corona real en las sienas del Papa, se ha desplomado en los campos de batalla y ha huido para siempre de París. España, la nacion católica por excelencia, ha entrado en la libertad religiosa, en la libertad de cultos.

Todas estas naciones tienen desde fines del siglo décimo-séptimo un veto que las autoriza á excluir de la eleccion el candidato desagradable á su política. Prusia que ha recogido el cetro, no ya de la política alemana, de la política europea, incita á todas las naciones á que intervengan en el nombramiento del futuro Papa, puesto que los dias de Pio IX se acercan naturalmente á su término.

¿Qué resultará de todo esto, qué resultará? El cónclave romano imbuido del espíritu jesuítico, no podrá consentir que sea elegido Papa un cardenal dispuesto á traer sobre Europa las grandes agitaciones que trajo la

exaltacion de Pio IX, cuando tuvo pasajeras veleidades liberales. Y al mismo tiempo las naciones europeas, todas animadas del espíritu moderno, jamás consentirán que un Papa reaccionario y teócrata aumente las grandes dificultades de la política contemporánea. Dícese que el príncipe Napoleon trabaja en la córte civil de Roma para conseguir la eleccion de su primo el exaltado y ascético cardenal Bonaparte. Mas á una eleccion de este género, capaz de devolver á la dinastía bonapartista sus ensueños de ambicion y predominio, se opondria el Gobierno que hoy parece más propicio al Vaticano, se opondria el Gobierno republicano francés. Mientras tanto Prusia se apercibe á la crisis dando leyes contra los jesuitas, y Roma poniendo en labios del Papa cautivo frases de reprobacion á Prusia.

¿Quién será capaz de contrastar el poder prusiano? La convencion entre Alemania y Francia se ha concluido y terminado. Es dura, durísima para Francia como resultado natural y lógico de la triste paz de Versalles. Hasta que Francia no haya pagado su crecido rescate, los cincuenta mil alemanes continuarán en su territorio, y á su cargo, á

sus expensas. Las provincias que ocupen serán neutralizadas durante la ocupacion. Y en estas desventuradas provincias no pondrá Francia ni una sola piedra de su suelo nacional en los muros de sus fortalezas. Duras son las condiciones; pero sabidas de todos, desde el momento en que Trochu entregó París, y la Asamblea de Burdeos proclamó la paz.

Los que más se quejan son los que más han contribuido á este gran desastre y no tienen, nó, derecho alguno á dolerse y quejarse, los diputados de la extrema derecha que maldijeron á Gambetta, que denostaron su nombre y su política, porque fuerte entre tantos desfallecimientos, de pié sobre tantas ruinas, sostuvo contra los decretos de la fortuna toda la energía del pueblo francés, y le incitó á nuevos sacrificios antes de perder el puesto altísimo que ocupaba en la gerarquía de las naciones. Ellos, los débiles, los apocados, los que tendieron las manos al vencedor para que las esposara y cedieron dos regiones para que á su territorio las uniera; ellos están desautorizados á los ojos de Europa y ante la conciencia humana para quejarse de un tratado que ha sido la

triste obra de su servilismo y de su impotencia.

Verdaderamente la suerte de Alemania no es tan de envidiar como supone la superficialidad de juicio generalizada en Europa. Esa incertidumbre de la vida espuesta siempre á los azares de la guerra ha dado sus naturales frutos. En cincuenta años Alemania ha perdido dos millones y medio de habitantes que corren á dar vida y robustez á las privilegiadas regiones de América. La poblacion alemana forma ya como la poblacion irlandesa, una especie de grande tribu dentro de los Estados-Unidos. Muchos de estos alemanes han llegado á ser hombres eminentísimos y á influir soberanamente en la suerte de su nueva patria. No hay sino recordar el nombre de Schurz, que ha combatido como un héroe en los campos de batalla, como un orador en las sesiones del Senado. La emigracion es útil, utilísima á la América sajona; fatalísima á la soberbia Alemania. En menos de mes y medio han abandonado el Luxemburgo mil quinientos habitantes de todas edades y sexos. Hay tambien amarguras y sinsabores en la victoria.